

VIGENCIA DEL PENSAMIENTO KARDECIANO

24 – 11 – 1.994

Henri Sausse escribió en el prólogo de la biografía de Allan Kardec:

“Se suele creer, sin razón, que tales escritos (los publicados en la Revista Espírita en los primeros tiempos del Espiritismo) han envejecido, que no son ya de actualidad y que, habiendo luego progresado la idea a pasos agigantados, esa lectura no ofrece en nuestros días interés alguno. Profundo y lamentable error. Los escritos de Allan Kardec no han envejecido, no han caducado; y antes bien, conservan todo su vigor, toda su oportunidad, y por su límpida claridad son hoy, más que nunca, actuales.

Leyendo esas páginas donde el maestro trazaba diariamente, impulsado por los hechos, sus íntimos pensamientos, sus reflexiones tan sensatas, sus tan claros consejos, de tal modo precisos y metódicos, en cada línea de estas páginas se siente vibrar el alma del autor, que se nos aparece vívido, tal cual fue siempre; bueno, generoso, benévolo con todos, incluso con sus enemigos; no obstante, ser atacado, difamado y calumniado, permanecía él tolerante y en calma, respondiendo con argumentos, irrefutables a los ataques dirigidos contra la doctrina espuria, y pareciendo ignorar las invectivas y maldades que de todas partes llegaban hasta su domicilio”.

Dice Henri Sausse, que:

“Releyendo estas páginas he comprendido mejor y admirado más a Allan Kardec, y al reproducir sus propias ideas, su relato se convierte en una autobiografía del maestro, donde se revelará como fue siempre: pensador profundo, leal y metódico, escritor alerta y preciso, espiritista esclarecido y convencido, afable y tolerante, esforzándose siempre por regular su conducta de conformidad con los principios que enseñaba a los demás, y que personalmente practicaba.

He aquí el hombre que dio al Espiritismo la bella divisa: Fuera de la caridad no hay salvación. Tal regla no sólo la proclamó, sino que la puso en práctica, y su único deseo fue ver que también reglara la conducta de todos aquellos que se dicen y se creen espiritistas.

Muchas personas que se interesan por el Espiritismo, expresan a menudo, su contrariedad por la inexistencia de una biografía del Codificador, que ofrezca un conocimiento más completo acerca de su vida y su personalidad, y por no saber donde encontrar la deseada información.

Si ha sido fácil a los investigadores concienzudos, darse cuenta del alto valor y del gran alcance de la obra de A.K., mediante la lectura atenta de sus libros; en cambio, por falta de los elementos necesarios, no han podido penetrar casi, en la vida privada del hombre, y seguirle paso a paso en el cumplimiento de su gran tarea, tan gloriosa y tan completa.

La envidia y los celos han difundido, acerca de la biografía a A.K., los mayores errores, las calumnias más groseras y más desvergonzadas”.

Se ha dicho que si bien fue importante el Espiritismo en la formación moral e intelectual de Denizard Rivail, fue en gran parte su cultura, su experiencia pedagógica y su formación lógica y científica, que la doctrina balbuceante de mitad del siglo XIX llegó a ser una verdadera doctrina y filosofía con pretensión científica. La doctrina no ha llegado ni demasiado temprano, ni demasiado tarde, y sus límites históricos parece que han seguido una lógica oculta.

Comprender entonces la vida de Denizard Rivail es explicar mejor el advenimiento y la faz del Espiritismo, porque su vida fue decisiva en la elaboración de la doctrina. La vida de un hombre cuya honestidad, sinceridad y responsabilidad intelectual y moral han estado por encima de todo reproche; que se nos muestra cargada de signos y de significado, que sólo se puede comprender en su conjunto.

Allan Kardec nació en Lyon, el 3 de octubre de 1.804, en el seno de una vieja familia lionesa de apellido Rivail. En el acta de nacimiento fue inscrito con los nombres Denizard Hyppolyte Leon, nacido a las 7 de la noche. Su padre Juan Bautista Antonio Rivail, abogado, su madre, Juana Duhamel.

Fue bautizado el 15 de junio de 1.805 en la parroquia de San Denis de Bresse, arrabal de Lyon que no formaba entonces, parte de la ciudad. En el acta quedó asentado que fue bautizado un niño de nombre Hipólito Leon Denizard.

Hizo sus primeros estudios en Lyon y luego en Yverdun, Suiza, con el célebre profesor Pestalozzi, del que fue muy pronto uno de sus más eminentes discípulos y colaborador capaz y adicto. Se entregó con gran entusiasmo a la propaganda del sistema educativo de su maestro, que tanta influencia ejercería sobre la reforma de los estudios en Francia y Alemania. Desde los 14 años, explicaba a sus compañeros menos instruidos que él, las lecciones del maestro, cuando no las habían comprendido. En esta escuela se desarrollaron las ideas que más tarde debían hacer de él un observador atento y minucioso, un pensador prudente y profundo. Desde muy joven se sintió atraído por las ciencias y la filosofía.

Las desazones que al comienzo tuvo que enfrentar como católico en un país protestante, le llevaron muy pronto, a apreciar la tolerancia; haciendo de él un verdadero progresista, un librepensador sagaz, que deseaba primeramente, comprender antes que creer lo que se le enseñaba.

Cuando Pestalozzi viajaba a otros países, confiaba en Denizard Rivail, la dirección de su escuela; cargo que desempeñaba brillantemente.

Se había convertido en bachiller en letras y en ciencias, y en un lingüista distinguido. Hablaba el alemán, el inglés y el holandés. Se dijo más tarde, por referencias del señor G. Leymarie, que había cursado estudios médicos, pero nunca fue confirmado.

Era un joven simpático, bien desarrollado, de maneras distinguidas, de carácter alegre en la intimidad, noble y servicial.

Logró eximirse del servicio militar y dos años después, se trasladó a París donde fundó un Instituto, semejante al de Yverdun, en la calle de Sèvres, 35, para lo cual se asoció con uno de sus tíos, hermano de su madre, quien se convirtió en su capitalista.

En el mundo de las letras y la enseñanza, que frecuentaba en París, Denizard Rivail conoció a la señorita Amelia Boudet, institutriz, hija única de padres acaudalados, baja de estatura pero bien proporcionada, gentil y graciosa, inteligente y vivaz. Dicen que Denizard se interesó en ella inmediatamente, por su sonrisa.

La joven había nacido en Thiais (Sena) el 23 de noviembre de 1.795, es decir, 9 años antes que el maestro, pero aparentaba 10 años menos, cuando se casaron el 6 de febrero de 1.832.

El socio de Rivail adolecía de la pasión por el juego y provocó la ruina de su sobrino al perder grandes cantidades en Spa y en Aix-la-Chapelle. En consecuencia, se vio obligado a la liquidación del Instituto Técnico, de la cual

quedaron 45.000 francos para cada uno de los socios. Esa cantidad fue puesta por el matrimonio Rivail en manos de uno de sus amigos íntimos, comerciante, quien realizó muy malos negocios, y cuya quiebra no dejó nada para los acreedores.

Denizard Rivail se dedicó a atender 3 contabilidades, que le producían alrededor de 7.000 francos por año, y al anochecer, después del trabajo diario, escribía obras de gramática, aritmética y pedagogía; traducía libros del inglés y alemán y preparaba los programas del curso de Levy-Alvarès, seguidos por los alumnos del arrabal Saint German. Organizó en su residencia cursos gratuitos de química, física, astronomía y anatomía comparada, desde 1.835 hasta 1.840.

Era miembro de diversas agrupaciones intelectuales, entre ellas, la Real Academia de Arras, que patrocinaba un concurso anual que Rivail ganó en 1.831, por su tesis: ¿Cuál es el sistema de estudio más en armonía con las necesidades de la época?

Entre sus numerosos trabajos se pueden mencionar los más destacados:

1.828. Plan para el mejoramiento de la instrucción pública

1.829. Curso teórico y práctico de aritmética (método Pestalozzi)

1.831. Gramática francesa clásica

1.846. Manual de exámenes para la certificación de capacidad (soluciones razonadas de preguntas, problemas de aritmética y geometría)

1.848. Catecismo gramatical de la lengua francesa

1.849. Dictados normales de los exámenes del Ayuntamiento y de la Sorbona (dictados especiales sobre las dificultades ortográficas).

Constituyen el resumen de los cursos que dictó en su carácter de profesor del Liceo Polimático.

Estas obras fueron adoptadas por la Universidad de Francia y llegaron a convertirse en éxito de librería, con lo cual Rivail pudo construirse un modesto bienestar económico.

Desde muy joven estudió el magnetismo y el sonambulismo, experimentando con la colaboración del señor Portier, magnetizador reconocido. En una de sus sesiones, le comentó la posibilidad de magnetizar una mesa, de tal forma que se pudiera mover de manera inteligente y respondiera preguntas.

El profesor, sorprendido al principio por lo que consideró una puerilidad, concluyó respondiendo que “lo creería cuando le demostraran que la mesa tenía cerebro para pensar, nervios para las sensaciones y que podía tornarse sonámbula”. No negaba por principio, sólo solicitaba pruebas.

Entre 1.854 y 1.856, un horizonte nuevo se abrió para este pensador profundo y sagaz observador; entonces, entró en la sombra el nombre de Rivail para dar lugar al de Allan Kardec.

El propio Denizard Rivail narró el comienzo de su experiencia. A principios de 1.855 encontró al señor Carlotti, amigo suyo desde hacía 25 años, quien le habló durante más de una hora de los fenómenos, con gran entusiasmo, pero Denizard desconfiaba de su exaltación.

Hacia mayo de 1.855 se encontraba en la casa de la señora Roger, sonámbula, con el señor Portier, su magnetizador, donde encontró a dos amigos suyos, el señor Pôtier y la señora Plainemaison, quienes le hablaron de los fenómenos, pero en un tono muy distinto por lo que aceptó inmediatamente, la invitación a presenciarlos en una sesión, en la casa de la señora.

Allí fue testigo, por primera vez, del fenómeno de las mesas giratorias y el hecho se produjo en condiciones tales, que la duda resultaba imposible. Presenció ciertos ensayos muy imperfectos, de escritura mediúmnica. Entrevió algo serio, bajo la aparente futilidad o juego que se hacía con esos fenómenos, y sospechó que representaban la revelación de alguna nueva ley, por lo que decidió investigar más profundamente.

En la residencia de la señora Plainemaison conoció a los esposos Baudin, quienes lo invitaron a asistir a las reuniones semanales, donde comenzó sus primeros estudios del espiritismo. Aplicó en método experimental y no aceptó teorías preconcebidas. Observaba, comparaba, deducía las consecuencias, buscaba desde los efectos para remontarse hasta las causas, por medio de la deducción y el lógico encadenamiento de los hechos, admitiendo una explicación como valedera, sólo cuando podía resolver todas las dificultades de la cuestión.

Desde el principio comprendió la gravedad de la exploración, entendiéndolo también que había que proceder con circunspección, ser positivista en vez de idealista, para no dejarse llevar por la ilusión y el error.

Al principio, lejos de ser un entusiasta de las manifestaciones, y absorbido por sus otras tareas, estuvo a punto de abandonarlas, pero varios amigos que ya tenían 5 años en esas prácticas, y habían acumulado varios cuadernos con diversas comunicaciones que no sabían como ordenar, lo convencieron de que colaborara con ellos en esta tarea, reconociendo sus aptitudes de síntesis.

Una noche obtuvo una comunicación completamente personal. Su espíritu protector identificado como Z, le confió que lo había conocido en una vida anterior, en tiempos de los druidas (pueblo antiguo establecido en la Galia), cuando Rivail recibía el nombre de Allan Kardec, y ahora su protector y amigo deseaba, desde el otro plano, secundarlo en la tarea importante que se le había solicitado.

Es interesante mencionar una investigación realizada por el profesor brasileño Cicero Pimentel, acerca del apelativo Allan Kardec, que muchos relacionan con un nombre individual más un agregado familiar.

Según ese estudio: Allan significa armonía
Kart significa cuarta
Ec significa grande

De allí que la traducción de Allan Kardec significa "Cuarta Gran Armonía", que era la prerrogativa religiosa de los druidas por investir la dignidad de filósofo.

Rivail tomó los cuadernos, los leyó atentamente, suprimió repeticiones y contradicciones aparentes o sentencias ambiguas que se debían esclarecer, y preparó también, las preguntas requeridas para obtener tal resultado.

Las sesiones no habían tenido un objeto determinado hasta entonces, y Rivail se propuso resolver las cuestiones que le interesaban desde el punto de vista de la filosofía, la psicología y la naturaleza del mundo invisible.

Llegaba a cada sesión con una serie de preguntas preparadas y metódicamente ordenadas, que siempre le contestaron con precisión, profundidad y lógica. Desde aquel momento las sesiones tuvieron muy diverso carácter.

Inicialmente, no veía más que su propia instrucción, pero cuando comprendió que todo aquello formaba un conjunto y tomaba las proporciones de una doctrina, tuvo la idea de publicarlo para aprovechamiento de todos. Para ello verificó las respuestas con 10 diferentes médiums, desconocidos entre sí. De la

comparación y fusión de todas las respuestas, coordinadas, clasificadas y comparadas, formó la primera edición de "El libro de los espíritus", que apareció el 18 de abril de 1.857, y que decidió firmar con el pseudónimo de Allan Kardec, por consejo de sus guías espirituales.

El profesor Rivail sostenía que sólo había tenido un rol secundario de "obrero", pues lo había tomado bajo dictado de inteligencias superiores, y lo había entregado al mundo sin agregarle nada.

Nació el Espiritismo, doctrina razonada y fruto de la investigación científica, cuya nombre fue elegido por Kardec porque según decía: "las palabras espiritual, espiritualista, espiritualismo tienen una acepción bien definida; darles una nueva, para aplicarla a la doctrina de los espíritus sería multiplicar las causas ya tan numerosas, de anfibología. Espiritualismo es opuesto a materialismo. Cualquiera que crea tener en sí otra cosa además de la materia es espiritualista, pero esto no significa que crea en la existencia de los espíritus o en su comunicación con el mundo invisible.

En lugar de la palabra espiritualismo, nosotros empleamos para designar esta última creencia, las de espírita y de espiritismo, cuya forma recuerda el origen y el sentido radical, y que por eso mismo tienen la ventaja de ser perfectamente inteligibles, reservando a la palabra espiritualismo su acepción propia.

Diremos entonces que la doctrina espírita o el espiritismo tiene por principio las relaciones del mundo material con los espíritus o seres del mundo invisible. Los adeptos del espiritismo serán los espíritas, o si se quiere los espiritistas".

El primer libro tuvo un sorpresivo y notable éxito, se agotó y se reeditó en 1.858.

El 1 de enero de ese mismo año comenzó un continuo trabajo divulgativo de su investigación en la Revista Espírita. No tenía suscriptores ni capitalistas, pero el éxito superó sus esperanzas, y ese modesto comienzo se consolidó y capeó todas las dificultades, rivalidades y envidias.

Encontró muchas resistencias, que le habían sido anticipadas por sus espíritus protectores, quienes siempre le brindaron su ayuda para sobrellevarlas con trabajo y constancia. Diez años después escribía:

"He sido el blanco del odio de enemigos encarnizados, de la injuria y la calumnia, de la envidia y los celos; infames libelos se publicaron contra mí; mis mejores instrucciones fueron desnaturalizadas; he sido traicionado por personas en quienes deposité mi confianza; y me han pagado con ingratitud, aquellos a quienes beneficiara.

La sociedad parisiense ha sido un centro de intrigas continuas de parte de aquellos que decían estimarme, pero que, mientras me presentaban buena cara de frente, me difamaban por la espalda. Decían que, los que adoptaban mi doctrina eran pagados por mí, con el dinero que mediante el espiritismo, recibía. No he conocido ya el descanso; más de una vez sucumbí por exceso de trabajo; mi salud se alteró y mi propia vida ha peligrado. Sin embargo, merced a la protección y asistencia de los buenos espíritus, que sin cesar me han dado pruebas elocuentes de su solicitud, me felicito al pensar que no he tenido un solo instante de desfallecimiento ni de desánimo, y que constantemente he continuado mi tarea con el mismo fervor, sin preocuparme de la malevolencia de que era objeto. Según la comunicación del espíritu de Verdad, debía esperarme todo esto, y todo se verificó".

La Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas se fundó el 1 de abril de 1.858. Inicialmente las reuniones se realizaban en la casa de la familia Rivail, ubicada

en la calle de Los mártires, y contaban con la colaboración de la señorita Dufaux como médium principal. Cuando el número de participantes aumentó a 30, fue necesario más espacio y se solicitó la autorización legal a la Prefectura para alquilar un local, con lo cual la Sociedad quedó constituida formalmente. Se reunían los martes en el local del Palacio Real, galería de Valois, durante un año. Luego comenzaron a reunirse los viernes en los salones del Restaurante Douix, en la galería Montpensier del palacio real, hasta 1.860, fecha en que se instaló definitivamente, en su local del pasaje Santa Ana, N° 59.

Rivail intentó renunciar a la dirección de la Sociedad porque el trabajo era muy intenso y aspiraba que los miembros lo suplantaran, pero fue reelegido varias veces. Se ocupaba de la Institución y viajaba por Francia y otros países dictando conferencias de divulgación doctrinaria.

Afirmaba que encontraba 3 clases de adeptos:

1. Los que se limitan a creer en la realidad de las manifestaciones y que buscan ante todo los fenómenos.
2. Los que ven en el Espiritismo algo más que los hechos, comprenden su alcance filosófico, admiran la moral que de él desmanan, pero no la practican.
3. Los que no se contentan con admirar la moral, sino que la practican, aceptando todas sus consecuencias. Estos son los verdaderos espiritistas.

Veía con satisfacción que los adeptos, sobre todo en Lyon y Burdeos, aumentaran, pero afirmaba que lo más importante era la calidad de la adhesión. Nunca presentó a la doctrina como una ciencia fácil, al contrario, tiene sus escollos que sólo el buen sentido y la experiencia pueden evitar.

Aconsejaba que para no caer en la trampa, lo que se debe hacer en primer lugar, es cuidarse del entusiasmo encefalizador y del orgullo que lleva a algunos médiums a creerse los únicos intérpretes de la verdad; es necesario examinar todo fríamente y sopesarlo con sensatez, mientras que la verdadera garantía de superioridad de un espíritu radica en el pensamiento y el modo de expresarlo.

En 1.861 apareció “El libro de los médiums”, obra cuya razón expuso en la Revista Espírita:

“Este trabajo es el fruto de larga experiencia y estudios laboriosos, de esclarecer todas las cuestiones que se vinculan con la práctica de las manifestaciones; contiene, según los espíritus, la explicación teórica de los diferentes fenómenos y de las condiciones en las cuales pueden producirse, pero la parte relativa al desarrollo y ejercicio de la mediumnidad ha sido de nuestro lado objeto de especialísima atención.

El Espiritismo experimental presenta muchas más dificultades de lo que generalmente se cree, y los escollos que en él se encuentran son numerosos, lo cual causa tantas desilusiones entre los que se ocupan de él, si poseer la experiencia y los conocimientos necesarios.

Nuestro propósito ha sido prevenir de estos escollos, que no dejan de acarrear inconvenientes a aquellos que imprudentemente se aventuran en este terreno nuevo. No podíamos descuidar tan capital aspecto, y lo hemos tratado con el cuidado que su importancia merece”.

“El libro de los médiums” fue precedido de una obra de menor extensión titulada “Instrucción práctica sobre las manifestaciones espíritas”, la cual traía

la exposición completa de las condiciones necesarias para comunicarse con los espíritus y los medios de desarrollar la facultad mediúmnica en los médiums.

El año 1.861, además de ser memorable por su trabajo, sus libros y sus viajes, en los anales del Espiritismo lo es por un hecho inaudito que parece casi increíble. Se trata del Auto de Fe que se llevó a cabo en Barcelona (España) y en el cual fueron quemadas en la hoguera 300 obras espíritas.

El señor Mauricio Lachâtre estaba establecido en Barcelona con una librería. Se dirigió al profesor Rivail solicitándoles cierto número de libros espíritas, para ubicarlos en su librería y difundir la doctrina con la que concordaba. Fueron enviados e ingresaron en España legalmente, pero el obispo de Barcelona juzgó que eran perniciosos y los hizo confiscar por el Santo Oficio. El autor de las obras solicitó su devolución pero el obispo no atendió su pedido, argumentando que también tenía que defender a Francia, no permitiendo que pervirtieran la moral y la religión.

Renovando las hogueras medievales, el obispo los hizo quemar en la plaza pública, en la explanada donde se ejecutaba a los criminales condenados a la última pena.

El cortejo asistente al Acto de Fe estaba compuesto por:

Un sacerdote revestido de los hábitos sacerdotales llevando una cruz en una mano, y en la otra, una hoguera.

Un escribano que labró el acta del Auto de Fe.

Un empleado del escribano.

Un empleado de Aduanas.

Tres peones que mantenían el fuego.

Un agente de aduana en representación del dueño de los libros.

Se presentó una gran muchedumbre y censuró esa acción, expresándose con fuertes gritos. Cuando los verdugos se retiraron, los presentes se apresuraron a recoger lo que el fuego no había consumido.

El fulgor de la hoguera dio al Espiritismo un vuelo inesperado en España. Los libros llegaron más tarde por vía marítima desde Marsella, ya que había muchos interesados en obtenerlos.

El profesor Rivail vio con satisfacción la inmensa propaganda que este acto bochornoso, hizo al Espiritismo. En cuanto a la propaganda, Allan Kardec daba, como siempre, consejos claros, simples y sobre todo prácticos.

“El Espiritismo se dirige a aquellos que no creen o que dudan, y no a quienes tienen una fe y ésta le basta; no pide a nadie que renuncie a sus creencias para adoptar las nuestras, y en ello es consecuente con los principios de tolerancia y libertad de conciencia que profesa. Por tal motivo, no podríamos aprobar las tentativas de ciertas personas por convertir a nuestras ideas a la clerecía de cualquier comunión. Repetimos, pues, a todos los espiritistas: acoged diligentemente a todos los hombres de buena voluntad; dad luz a quienes la buscan, porque con los que ya creen no tendréis buen éxito. No violentéis la fe de ninguno, ni la de los religiosos, ni la de los laicos, pues depositaríais simiente en campo árido; poned la luz en evidencia, para que la miren aquellos que quieran verla; mostrad los frutos del árbol y dadlos a gustar a los que tienen hambre y no a quienes dicen estas ahítos”

En 1.862, su folleto “El Espiritismo en su más simple expresión” fue un acierto. Por estar al alcance de muchos y por la claridad y sencillez del estilo, cumplió el propósito de difusión que llevaba. También apareció una “Refutación a las

críticas contra el Espiritismo”, desde el punto de vista del materialismo, de la ciencia y de la religión.

En ese momento, Allan Kardec ya advertía que no temía a los ataques de afuera, más le preocupaban las divisiones internas, y aconsejaba emplear la máxima prudencia en la formación de los grupos para tranquilidad de los miembros y en interés de sus tareas.

“La naturaleza de los trabajos espíritas exige calma y recogimiento, ahora bien, tal recogimiento no será posible si les distraen discusiones y la expresión de sentimientos malévolos. No habrá sentimientos malévolos si hay fraternidad, pero no puede haber fraternidad si hay egoístas, ambiciosos y orgullosos. Con orgullosos que se sienten lesionados por todo, ambiciosos que se considerarán burlados si no consiguen la supremacía y egoístas que sólo piensan en sí mismos, la cizaña no demorará en introducirse, y tras ella sobrevendrá la disolución.

La rivalidad no puede existir donde reina la verdadera caridad. Reconozcan pues, al verdadero espiritista en la práctica de la caridad, así en pensamientos como e palabras y acciones, y díganse que cualquiera que abrigue en su alma sentimientos de animosidad, rencor, odio, envidia o celos, se miente a sí mismo si pretende comprender y practicar el Espiritismo”.

Las instrucciones de Allan Kardec siempre estarán actuales, al igual que las discordias y las dificultades que ocurren en los grupos espíritas. El maestro enfatizaba siempre el lema: “Sin caridad no hay salvación”.

Mirando hacia el futuro prevenía:

“Pregonen con palabras, pero pregonen sobre todo con ejemplos, de modo que cuando os estén mirando no puedan decir que la máxima que enseñáis son palabras vanas en vuestros labios.

Sed buenos para vuestros amigos, sed buenos para vuestros enemigos. Expulsad los demonios, tenéis el poder de expulsar los demonios del orgullo, de la ambición, de la envidia, de los celos, que están sembrados entre vosotros, causando discordias. Expulsándolos de vuestros corazones, los expulsaréis de los corazones ajenos.

Si entre vosotros hay discordia, si los grupos deben marchar para un objetivo común y están divididos, lo siento. Sin preocuparme por las causas, sin examinar quien ha cometido el primer error, me pongo al lado de aquel que tiene más caridad, más abnegación y verdadera humildad, pues aquel que le carece de caridad, está siempre equivocado. Yo observaría a aquel que menos criticase a su adversario, al que fuera más moderado en sus recriminaciones”.

En 1.868 publicó “La génesis, los milagros y las predicciones según el Espiritismo”, obra de las más importantes, pues constituye desde el punto de vista científico, la síntesis de los 4 volúmenes aparecidos anteriormente.

Luego se ocupó en un plan de organización del Espiritismo, con el que espera dar más vigor y acción a la filosofía de la cual se hizo apóstol, buscando desarrollar su aspecto práctico y hacerle rendir sus frutos.

Su constante preocupación es saber quien lo reemplazará en su obra.

En 1.869 la Sociedad Espiritista estaba reorganizándose. Se reconstituiría como Sociedad Anónima con un capital para la atención de la librería, de la Revista Espírita y de las obras de Allan Kardec.

Proyectaba retirarse a la Villa Segur, una pequeña casa que había hecho construir en un terreno adquirido con el fruto de la venta de sus obras pedagógicas. Estaba ocupado en los preparativos de los cambios de domicilio,

y pensando en trabajar más activamente en las obras que le restaban por escribir, cuando hizo crisis una enfermedad que había avanzado sordamente. El 31 de marzo de 1.869, en París, la rotura de un aneurisma finalizó la vida de Hipólito León Denizard Rivail, a los 65 años de edad.

En ese momento estaba entregando una Revista a un viajante que venía a comprarla. Se desplomó sin proferir palabra, el portero corrió al oír los llamados del viajante y de la criada. Alejandro Delanne acudió apresuradamente, lo friccionó y magnetizó, pero ya era tarde.

Acompañado por todos los que lo amaban fue llevado al cementerio Montmartre. Lo despidió el señor Levent, vicepresidente de la Sociedad, quien prometió continuar su obra.

Camile Flammarion tomó la palabra en representación de la Ciencia unida al Espiritismo, quien hizo un bosquejo de la personalidad y carácter de Allan Kardec y la influencia de sus trabajos en el movimiento espiritista contemporáneo, como también y sobre todo, hizo una exposición del estado de las ciencias físicas desde el punto de vista del mundo invisible, de las fuerzas naturales desconocidas, de la existencia del alma y su indestructibilidad.

Le siguió en el uso de la palabra Alexandre Delanne, quien habló en nombre de los espiritistas de provincias, y luego le dio su adiós el señor Barrot, un espírita miembro de la Sociedad, seguido por último del señor Muller, quien en nombre de la familia y de sus amigos, despidió los restos mortales.

Al terminar el funeral se dirigieron a la Sociedad donde recibieron 6 comunicaciones de su espíritu. Les confió sus primeras impresiones, y mencionó a aquellos que habían acudido a ayudarlo a desprenderse de la materia.

A la muerte de su esposo, la señora de Rivail tenía 74 años y le sobrevivió hasta 1.883 con la edad de 89 años, sin herederos, pues no habían tenido hijos.

Un año después, gracias a un acuerdo entre la viuda y la Sociedad, se adquirió un sitio en el cementerio Père Lachaise, y sus restos fueron trasladados y enterrados bajo un monumento construido en granito en forma de dolmen que reproduce las ruinas druídicas de la tierra bretona, con la inscripción escrita por el escultor Capiello "Nacer, morir, renacer una vez más y progresar incesantemente: tal es la ley".

Dijo su biógrafo Henri Sausse:

"Tomemos a ser los adeptos de la tercera categoría de que hablaba Allan Kardec. No busquemos en el Espiritismo otra cosa que un medio de perfeccionamiento, de mejorarnos, y no un tablado de charlatanismo para hacer dinero. Seamos fieles discípulos de Allan Kardec, recordemos que el maestro ha dicho: de nada sirve creer en las manifestaciones del Espiritismo, si no conformamos nuestra conducta a sus principios. El verdadero espiritista es aquel de quien se puede decir: Es mejor hoy que ayer. Que sea éste el solo juicio que puedan formarse de nosotros, si queremos ser dignos de nuestros antepasados, si deseamos ser los verdaderos discípulos de Allan Kardec.

Elevemos nuestros corazones, amigos míos; unámonos, sostengámonos y ayudémonos en la búsqueda del bien y de lo bello, para que triunfen la justicia y la verdad, y en pro de la difusión cada vez mayor de la filosofía Espiritista, tal como Allan Kardec nos la enseñara.

Personalidad de Allan Kardec

Aquel serio filósofo no era frío ni austero. Después de discutir los puntos más arduos de la psicología o de la metafísica trascendental, se transformaba de súbito en un risueño muchacho, grato y sociable, que sabía ponerse a la altura de todos, aún de los más humildes, y que poseía un talento particularísimo, para distraer a los invitados que sentaba a su mesa, a quienes sabía él tan gentilmente, hacer participar de su comunicativa alegría.

Era de constitución física robusta. Se despertaba a las 4 y ½ de la madrugada y se dedicaba a escribir su correspondencia y sus nuevas composiciones.

Todos los domingos invitaba a cenar a sus amigos, se ingeniaba para distraerlos, les contaba anécdotas, se tornaba un niño para proporcionar una suave alegría a sus invitados, y tenía un temperamento especial para hacerlo digna, sobria y gentilmente, mezclando con ello una nota particular de amistosa bondad.

La tolerancia absoluta era su regla. Tanto sus amigos como sus discípulos pertenecían a todas las religiones y a todas las clases sociales, y siempre demostró una verdadera caridad para con todos.

Para Allan Kardec el Espiritismo era una investigación científica, ante todo porque la meta no es infundada, después porque los resultados alcanzados son indudables.

Es evidente que un espíritu metódico y positivo como el de él debía esforzarse por demostrar a los filósofos que el Espiritismo no es una doctrina abstracta, a las iglesias que no es una nueva secta; en fin, a la ciencia, que el campo espírita es tan natural como el de la física, la biología o la química.

No se explica el Espiritismo si se olvida que un hombre de buena fe, honesto y extremadamente positivo ha hecho en él su experiencia antes de poner por escrito las bases de la doctrina. Decía: "Si nos equivocáramos, no tendríamos el tonto amor propio de obstinarnos en las ideas falsas".

REFLEXIONES, CONSEJOS Y MAXIMAS DE ALLAN KARDEC

"Revista Espírita"

El Espiritismo establece, en principio, que antes de creer hay que comprender; ahora bien, para comprender es necesario hacer uso del propio juicio.

En lugar de decir: "Creed primero y comprenderéis después si podéis", dice: "Comprended primero y creeréis luego, si queréis".

No se impone a nadie, sino que dice a todos: "Ved, observad, comparad y venid a nosotros libremente, si ello os conviene".

La verdadera convicción no se adquiere sino por el estudio, la reflexión y la constante observación, y no, mediante la asistencia a una o dos sesiones mediúnicas por interesantes que sean.

He aquí porque decimos: "Estudad primero y luego veréis, porque comprenderéis mejor",

El Espiritismo no acepta la ciega confianza; quiere ver claro en todo, quiere que todo se comprenda y que uno se dé cuenta de todo.

El orden y la regularidad en los trabajos son condiciones igualmente esenciales. Todo depende del punto de partida, o sea de la composición de los grupos primitivos. Si los integran buenos elementos, serán éstos otras tantas

buenas raíces que darán excelentes retoños. Si, por el contrario, los forman elementos heterogéneos y antipáticos, espiritistas dudosos, que se ocupan antes de la forma que no del fondo, considerando la moral como parte accesoria y secundaria, habrá que esperarse polémicas irritantes y ociosas, rozamientos, susceptibilidades y, en consecuencia, conflictos precursores de la desorganización.

El Espiritismo es una ciencia inmensa, y cuya experiencia sólo puede adquirirse con el tiempo; en él como en todas las cosas.

Teniendo el espiritismo por finalidad el mejoramiento del hombre, no busca a los que son perfectos, sino a quienes se esfuerzan por serlo, poniendo en ejecución las enseñanzas de los espíritus. El verdadero espiritista no es el que ha llegado a su meta, sino aquel que quiere en verdad alcanzarla.

Sean cuales fueren sus antecedentes, es buen espiritista desde que reconoce sus imperfecciones y es sincero y perseverante en su deseo de corregirse. El Espiritismo constituye para él, una verdadera regeneración porque rompe con su pasado.

No insta a nadie a abandonar su religión; respeta todas las creencias cuando son sinceras. La libertad de conciencia es, a sus ojos, un derecho sagrado; si no la respetara faltaría a su primer principio: la Caridad.

Neutral entre todos los cultos, será el lazo que los reunirá bajo una misma bandera, la de la fraternidad universal.

Los fenómenos, lejos de ser la parte esencial del Espiritismo, no son más que la accesoria. El Espiritismo reside, sobre todo, en la aplicación de sus principios morales.

La fuerza del Espiritismo no reside en la opinión de un hombre ni de un espíritu, sino en la universalidad de las enseñanzas impartidas por estos últimos.

El Espiritismo es una fe íntima, está en el corazón y no en los actos exteriores.

Se sabe que los espíritus, en razón de la diferencia de sus capacidades, están lejos de poseer individualmente toda la verdad; que no es dado a todos ellos penetrar ciertos misterios; que su saber se proporciona a su elevación; que los espíritus vulgares no saben más que los hombres; y aun menos que ciertos hombres; que hay entre ellos, como entre estos últimos, presuntuosos y falsos sabios, que creen saber lo que ignoran, y sistemáticos que toman sus ideas por la verdad...

La única garantía sería radica en la concordancia entre las revelaciones hechas espontáneamente por un gran número de médiums, extraños Iso unos a los otros, y de lugares distintos.

La primera comprobación es, ciertamente, la de la razón, a la que hay que someter, sin excepción, todo lo que provenga de los espíritus.

No es verdad un principio por el simple hecho de que sea enseñado, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

Si los espíritus hubieran contradicho lo enunciado es “El libro de los espíritus” y “El libro de los médiums”, estos libros habrían sufrido desde hace tiempo la suerte que cabe a toda concepción fantástica.

El médium no verá en su facultad sino un medio de glorificar a Dios y servir al prójimo, y no un instrumento al servicio de sus intereses o su vanidad. Se hará estimar y respetar por su sencillez, modestia y abnegación, cosa que no ocurre con los que hacen de su facultad un medio para escalar posiciones.

El médium debe ponerse en guardia contra la codicia y contra el orgullo, que pierde a la mayoría. El desinterés material de nada sirve si no se acompaña del desinterés moral más completo. Humildad, sacrificio, desinterés y abnegación son las cualidades del médium que los buenos espíritus aman.

Espiritistas, si queréis ser invencibles, sed bondadosos y caritativos; el bien es una coraza contra la cual se destruirán siempre las maniobras de la malevolencia.

La caridad y la fraternidad se reconocen por las obras, no por las palabras. Cuando en el Espiritismo hablamos de caridad, se sabe que no se trata únicamente de la acción de dar, sino también, y sobre todo, del olvido y del perdón, la bondad e indulgencia, porque esta clase de caridad repudia todo sentimiento de envidia y rencor.

Los descubrimientos de la ciencia glorifican a Dios en lugar de rebajarlo, y sólo destruyen lo que los hombres han construido sobre ideas falsas que se forjaron de Dios.

Marchando con el progreso, el Espiritismo no será nunca dejado atrás, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está en error acerca de cualquier punto, se modificará en tal punto, y si una nueva verdad se revelase, la aceptará.

El Espiritismo sólo reconoce por adeptos a los que practican sus enseñanzas, vale decir, que trabajan por su propio mejoramiento moral esforzándose por vencer sus malas inclinaciones, ser menos egoístas y orgullosos y más dulces, humildes, pacientes, bondadosos y caritativos para con el prójimo, así como más moderados en todo, porque ello es lo que caracteriza al verdadero espiritista.

El Espiritismo es una doctrina filosófica que tiene consecuencias religiosas, como toda filosofía espiritualista; por eso llega a las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, puesto que no posee culto, rito ni templo, y que ninguno de sus adeptos ha recibido el título de sacerdote o gran sacerdote. Esta calificación es puro invento de la crítica.

El Espiritismo proclama la libertad de conciencia como un derecho natural, y la reclama para los suyos así como para todo el mundo.

El Espiritismo combate el principio de la fe ciega que impone al hombre la abdicación de su propio discernimiento, sosteniendo que toda fe impuesta carece de raíz.

Sólo es inmovible la fe que puede mirar a la razón cara a cara en todas las edades de la humanidad.

La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social, apoyada en una base inamovible que es la fe en principios fundamentales aceptables para todos: Dios, el alma, la vida futura, el progreso individual indefinido, la perpetuidad de las relaciones entre los seres.

Sólo de esta fe puede surgir el verdadero progreso moral, porque únicamente ella da una sanción lógica a los legítimos derechos, tanto como a los deberes. Sin ella, sólo priva el derecho de la fuerza y el deber es meramente un código humano impuesto por obligación.

Sólo esta fe hace sentir al hombre su dignidad, por la perpetuidad y progresión de su ser, no ya en un porvenir mezquino y ceñido a la personalidad, sino antes bien, un porvenir grandioso y espléndido. Este pensamiento le eleva por sobre la Tierra. Se siente crecer al pensar que tiene señalado su rol en el universo; que tal universo constituye su dominio, que podrá él recorrer algún día; y que la muerte no lo convertirá en una nada o en un ser tan inútil para sí cuanto para los demás.

Tan solo el progreso moral puede asegurar la dicha humana en la Tierra, refrenando las malas pasiones. Sólo él es capaz de hacer reinar entre los hombres la concordia, la paz y la fraternidad.